

# BESAME



SADE

—Ahí fuera está mi marido. Entretenlo mientras yo acabo con el marqués.

—¿Y si se pone exigente?

—Le afeas la conducta y le dices que no es decente ni honrado el faltar a la mujer.

**20 cts.**

# ¡ATENCIÓN, LECTORES!

## ¡UN ACONTECIMIENTO EDITORIAL!

En breve se pondrá a la venta el extraordinario

### **Almanaque BESAME**

Lo nunca presentado en el género galante.

Lo más frívolo.

Las más estupendas mujeres en sus momentos más íntimos.

### **DESNUDOS A TODO COLOR**

Enorme cantidad de dibujos de la más seductora galantería, y debidos a los más prestigiosos dibujantes del género.

Humorismo y picardía por toneladas. Profecías amorosas. Pronósticos reservados.

¡La trepanación, la hipotenusa, la televisión y el bacalao a la vizcaína son cuatro tonterías sin importancia al lado del

### **Almanaque BESAME**

que es la peritonitis de la cachondería con extra corta.

¡Chistes para troncharse, versos para desfallecer y señoras para tumbarse!

### **El Almanaque BESAME**

es la solución de todos los problemas que atormentan al género humano; con él no hay penas posible, y todo negocio torcido se endereza.

Sus fotografías, sus dibujos, sus colores, sus cuentos, sus poesías, sus epigramas, sus chistes, sus historietas y todo cuanto forma esta pequeña enciclopedia del buen humor amoroso, valen más que el kempis, el koran y la Biblia en verso, pero la EDITORIAL CARCELLER, que no repara en gastos por servir a sus millares de lectores, hace un nuevo y gigantesco esfuerzo, y sólo ha puesto el precio de 60 céntimos al maravilloso

### **Almanaque BESAME**

¡Prevenidos, lectores!

No dejéis de comprar en seguida el

### **Almanaque BESAME**

que en breve se pondrá a la venta.

**¡¡60 céntimos!!**

Redacción y Administración:  
Unión Ferroviaria, núm. 3 VALENCIA  
Teléfono 11102 Talleres "LA GUTENBERG"

La

semanario  
gabinete

AÑO I NÚM. 20

Suscripción	trimestre...	...	...	2'50 pta.
"	semestre...	...	...	5 "
"	año...	...	...	9 "
Extranjero,	año...	...	...	15 "



## EL PODÓMETRO

Estaba el señor Bonachón, un domingo por la mañana, mudándose de camiseta, cuando su esposa, al contemplarlo tan bajito, regordete y corto de piernas, exclamó desdeñosamente:

—¡Arturo! Veo con disgusto que cada día engordas más.

—Es verdad. Pero ya comprenderás, hijita, que yo no puedo evitarlo.

—Debieras hacer ejercicio. Mira: un paseito de un par de horas diarias, de seguro te sería muy conveniente.

—¿Lo crees así?

—¡Vaya! Es lo más higiénico.

—Pues voy a seguir tu consejo desde hoy mismo.

Una hora después el señor Bonachón descendía apresuradamente por la escalera y se dirigía hacia cualquier jardín de la ciudad. Iba ligero, sin distraerse poco ni mucho con los otros transeuntes, ni con las llamativas exposiciones de géneros de los escaparates comerciales, ni con las mil incidencias de la circulación callejera. Parecía que iba cumpliendo una misión, un deber, pensando sólo en que había de seguir el programa que le había trazado su mujercita para no resultarle desagradable. Perder unos cuantos kilos de grasa sería, en realidad, una dicha. No digamos que recobraría la esbeltez de la juventud, porque el señor Bonachón no había sido esbelto nunca; pero su figura ganaría en elegancia, y su mujercita no haría un papel violento caminando del brazo de un hombrecito obeso.

Como nunca había andado tanto, el pobre señor iba sudando en abundancia, resoplando, jadeando. Pero tuvo voluntad para continuar por calles desconocidas y jardines no vistos desde su infancia, fiel al programa trazado por su esposa adorada. Hasta que le pareció haber hecho ya el suficiente ejercicio por ser el primer día de régimen, y regresó a su casa empapado en sudor.

—¿Qué tal?—le preguntó su esposa al verle—. ¿Cómo te ha sentado el paseo? ¿Te encuentras más ligero? ¿Cuántos kilómetros has hecho?

—¿Que cuántos kilómetros?

—¡Claro! Debieras saberlo, a fin



—Yo no he visto nunca un hombre más... turbado...

de graduar cada día el paseo e irlo aumentando a medida que te entrenes.

—Sí, claro, es verdad...

—Oye una idea. Con el dinero que tienes ahorrado para comprarte un bisoñé ¿por qué no te compras un podómetro?

—¿Y qué es eso?

—Una especie de reloj para con-

tar los metros y kilómetros que camina el que lo lleva encima. Tiene una saeta que marca la numeración de kilómetros, como las del reloj marcan la numeración del tiempo. Cualquier movimiento que hace el que lo lleva, por leve que sea, produce una sacudida que obliga a la saeta a avanzar. Por eso has de caminar a pasos normales, pues si dieras saltos violentos marcaría el aparatito una distancia que no correspondería a la que habrías caminado.

—Bien, bien. Compraré el podómetro, y tendré cuidado de caminar sin exagerar los movimientos.

A la mañana siguiente, el señor Bonachón compró el aparato que, con tan buen sentido, le había indicado su esposa; se lo puso en un bolsillo alto del chaleco y repitió su paseo del día anterior, quizá prolongándolo un poco más.

Así que llegó a su casa, la señora se precipitó a examinar el aparatito, exclamando con alegría:

—¡Señala dos kilómetros 800 metros! ¡Qué bien! ¡Cómo vas a adelgazar si sigues con constancia!

Y fué a apuntar cuidadosamente la cifra en un cuaderno, para añadir cada día la correspondiente al ejercicio higiénico que hiciera el esposo sumiso.

Al otro día el podómetro marcó tres kilómetros. Al otro, tres y medio. Cuatro días después pasaba cien metros de los cuatro kilómetros. La señora estaba radiante, esperando que el ejercicio daría pronto su beneficioso resultado. El señor Bonachón notaba que, en efecto, se cansaba menos que en el primer día, y se sentía algo más ágil...

Pero al sexto día—¡el sexto había de ser!—aconteció algo inesperado, y que pudo ser trágico. Era jueves, y el señor Bonachón había llegado en su paseo hasta cierto parque donde jugaban a la comba las chiquillas de un colegio, chiquillas que seguramente no lo hubieran parecido si hubiesen vestido como

mujeres; chiquillas que lucían unas pantorrillas estupendas y unos muslos rollizos... que marearon al señor Bonachón, y le pusieron en la sangre un picorcillo especial.

Cuando ya regresaba a su domicilio vió que casualmente caminaba ante él una mujercita deliciosa, moviendo las caderas con un balanceo voluptuoso, que era toda una invitación al pecado. No la hubiera mirado mucho en cualquier otra ocasión, pero aquella tarde de primavera en que el sol parecía quemar con maligna picardía, y después de haber estado viendo saltar a aquellas endiabladas chiquillas que mostra-

ban unos muslos tan tentadores... El señor Bonachón olvidó su camino para seguir detrás de aquella mujercita exquisita, contemplando con embeleso el vaivén de sus caderas invitativas. Y cuando llegados a una calleja desconocida, la mujercita se detuvo en un portal y guiñó un ojo a nuestro hombre, él, sin encomendarse a Dios ni al diablo, entró en el portal y subió la escalera tras la apetecible mujercita.

.....

Cuando el señor Bonachón, luego de la media horita que permaneció

con la mujercita de las caderas balanceadoras, abandonó con paso pebreoso la casa desconocida, al encontrarse en la calle se sintió asaltado por punzantes remordimientos. El no había engañado nunca a su esposa. Aquello que había hecho le parecía un crimen. Ciertamente que casi todos los maridos del mundo engañan alguna vez que otra a sus mujercitas, pero él no debió hacerlo, poseyendo una que era tan buena como hermosa. No tenía perdón. En fin, primero procuraría que ella no sospechase su delito; luego, un sincero arrepentimiento y el firme propósito de no volver a pecar acabaría por tranquilizar su conciencia quisquillosa.

Miró el reloj. Si quería llegar a casa a tiempo razonable le urgía tomar un "taxi". Y subió al primero que se cruzó a su paso, continuando las reflexiones que reeriminaban su desliz. No solamente había engañado a su mujer, sino que había gastado una cantidad en obsequiar a la deliciosa desconocida, más lo que iba a costarle el "taxi". Para colmo, aquella aventura podía comprometer seriamente su salud... Y, aparte todo esto, el trayecto que iba en coche no le registraría el podómetro, por lo cual, viendo su esposa el tiempo que había tardado y lo poco que caminó, con razón se escamaría y quizá comprendería algo al no saber contestarle él en qué había empleado el tiempo...

Cuando llamó a la puerta de su casa estaba casi congestionado; pero al hallarse ante su esposa, palideció como un muerto.

—De seguro que has cometido alguna imprudencia—dijo ella, al notar su turbación—. ¡A ver el podómetro!

El señor Bonachón se desplomó sobre una silla. Gruesas gotas de sudor rodaban por su frente. La esposa repitió:

—¿Quieres darme el podómetro?

Se lo alargó temblando. La esposa examinó la esfera y quedó estupefacta.

—¡Cuarenta y dos kilómetros!... ¿Pero, has caminado tú cuarenta y dos kilómetros?

—¿Có...mo? ¿Cuarenta... y... dos?..

—¡Sí! ¡Cuarenta y dos! ¡Lo marca bien claramente! ¡Mira!

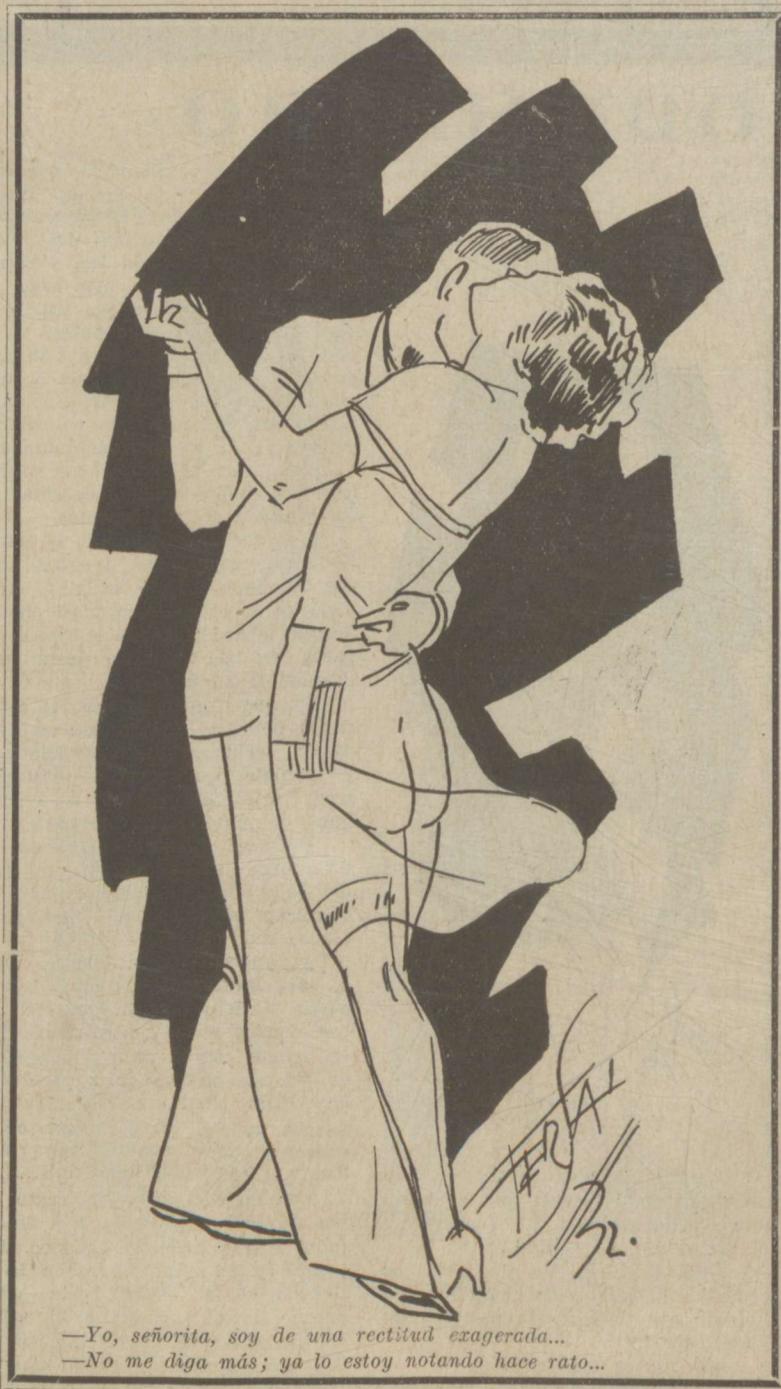
A pesar de su escaso talento, el pobre señor Bonachón lo comprendió todo. Al aligerarse de ropa en casa de la incitante desconocida no se había quitado el chaleco donde llevaba el podómetro, y ni menos recordó entonces que el aparatito registraba escrupulosamente todos los movimientos.

Y como en sueños, oyó que su amante esposa le recomendaba:

—No has de exagerar, querido. No hagas imprudencias...

—No. No lo volveré a hacer...—balbuceaba él, con el pensamiento donde suponen los lectores.

C. M.



—Yo, señorita, soy de una rectitud exagerada...  
—No me diga más; ya lo estoy notando hace rato...

# INDISCRECIONES

En la dirección de un semanario, cuyo nombre no puedo decir a ustedes—porque toda indiscreción tiene su límite—, se presentó una señora con su hija, “la cual que” quiere ser artista, y en nombre del arte, de la caballerosidad y del amor al prójimo solicitaba protección.

El director del semanario es joven; cara afeitada, aunque llevaba hasta hace poco un rubio bigote recortado; secretario, además, de una personalidad política. La jovencita que deseaba ser actriz era de unos quince años, figura alta y llenita, ojitos de cielo, carita de gloria, ramito de flores... Dispensen ustedes. Ahora recuerdo que esto tiene música de “La Tempranica”.

La mamá de la futura actriz mandó a la niña hacer unas poses para que el director del semanario comprendiese lo que valía su retoño.

—Representa el dolor—le dijo.

Y la chica hizo muecas, asomó lágrimas, se retorció los brazos...

—Ahora, el placer.

Y esto fué lo grave. La muchacha se estiraba en la butaca; suspiraba; ponía los ojos en blanco; daba besos al aire; enseñaba la puntita de la lengua, y decía por lo bajo: “¡Ahora!... ¡A...ho...ra!”...

La mamá se volvió al director para ver el efecto que le hacía el arte de su niña. El director, muy pálido, con las manos bajo la mesa, murmuraba;

—¡Ahora!... ¡A...ho...ra! ¡A mí... también!

∴

El diario de Barcelona se queja de que las mujeres alegres han invadido la ciudad; de que miran a

los hombres con ojos de seducción, y de que a ciertas horas y por ciertas calles se atreven hasta cogerse del brazo.

Nosotros protestamos del suelto aludido y de esas quejas hipócritas. Comprenderíamos que el colega se quejase de otras muchas cosas que afean la ciudad; pero quejarse de que haya muchas mujeres, de que sean alegres, de que nos miren entornando los ojos y de que se nos cojan del brazo... ¡Vamos, hombre! ¿Quién nos quitaría el mal humor que nos ponen de otras muchas cosas? No tenemos tranquilidad desde que el ex rey ha dicho que volverá un día de estos a meternos a todos en cintura; no tenemos tabaco desde que aumentaron la perra gorda por paquete, y ahora hay quien pide que no tengamos mujeres. Es el colmo de la supresión.

Además, ¿sabe ese señor quejón lo que suponen para la vida de una ciudad las mujeres alegres? Pues suponen su riqueza y su movimiento—sobre todo, su movimiento—. Ya en tiempos de los romanos se calculaba la riqueza de una ciudad por el número y el boato de sus cortesanas. El ex kaiser había declarado muchas veces que el empeño de entrar en París era solamente para repetir con las demimondaines francesas el histórico “raptó de las sabinas”, ya que las de Viena sólo saben hacer pan, y las de Berlín bollos. Cambó, que ha estado un año de viaje por el mundo (por si las moscas), a su regreso a Barcelona ha dicho que lo que más le ha im-

presionado ha sido el chie de las casas de té en China, donde las “musmés” le dan a uno el opio mejor que la morena y la rubia de don Hilarión. Y tanto le han impresionado, que aun está en cama de calenturas.

Una ciudad sin mujeres alegres, es una ciudad pobre, ridícula y aburrida.

El cardenal Richelieu protegió a todas las mujeres de esta vida—y de la otra—para fomentar el engrandecimiento de Francia. Nuestro Fernández de Córdoba, el famoso Gran Capitán, apenas llegó a tierras de Flandes, lo primero que hizo fué preguntar por las casas “non sanctas”. Y cuentan que los que acompañaban a Colón en la “Pinta” y en la “Niña”, tuvieron el primer disgusto serio al desembarcar en América y no encontrar cocotas después de tan larga travesía.

¡No, no! Nosotros protestamos de ese suelto periodístico. Nosotros queremos mujeres alegres, cuanto más alegres, mejor. Para mujeres tristes, ya tenemos bastante con las actuales diputadas y con las devotas, que no saben qué hacer desde que se fueron los jesuitas. Aunque ahora se nos ocurre una sospecha. ¿No serán estas mujeres, las últimas que aludimos, las que van por las calles sonriendo a los hombres y entornando los ojos mientras balancean las caderas? Porque, en ese caso, la protesta del periódico barcelonés tiene razón. Aunque a nosotros no nos extrañaría, porque bien conocido es el antiguo refrán que advierte que “el diablo anda cerca de la cruz”. X. X.

UN FRESCO



—Ese siempre entra sin pedir permiso. A lo mejor, hoy también se me cuela hasta adentro.

Desde Barcelona

Informaciones morrocotudas

## Un centenario que se olvidaba

Cuando acudimos a felicitar a Maciá por su triunfo electoral, tan esperado como justo, tuvimos una sensacional sorpresa al oírle exponer su programa político. Porque Maciá, muy atento siempre con la Prensa, quiso decirnos personalmente los planes que se propone desarrollar cuando quede implantado el Estatuto y aprobadas las leyes complementarias. Una serie de planes que le acreditan de hombre reflexivo y meticoloso, tan meticoloso, que nada escapa a su meditación detenida.

A mí, por ser reportero galante —de revista galante, vaya—, me citó en el Edén-Concert, tan antiguo como famoso cabaret nocturno. Yo

agradecí muchísimo esta deferencia de don Francisco, tanto por constarme sus costumbres abstencionistas, como por la exposición al resfriado catarral en las altas horas. Pero él, siempre campechano y amable, me sonrió y me dijo:

—Era necesario cierto ambiente para exponerle a usted uno de los números de mi programa. En la Generalidad se despejarían mis palabras. Aquello es demasiado serio, demasiado formal... Aquí estamos más en consonancia con la idea. ¿Comprende usted? Pues sepa que trato de evitar que pase inadvertido un centenario glorioso, una fecha que debe ser celebrada por todos los

catalanes como fecha histórica memorable. Me refiero al nacimiento de la Chelito.

Debí poner tal cara de asombro, que el buen señor Maciá se creyó en el caso de darme detalladas explicaciones.

—Tal vez usted no haya oído hablar de ella, por estar su arte muy distanciado de las matemáticas que cultiva usted. La Chelito es una cupletista gloriosa, que cuando yo era chico deleitaba a la generación anterior a la mía. Comenzaba yo el Bachillerato cuando ella alcanzaba la plenitud de su fama. Hay que decir que era muy guapa y bailaba unas rumbitas turbadoras... —dice don Francisco, sonriendo y guiñando un ojo—. Luego, cuando yo era teniente, tuve el gusto de conocerla representando vodevils, y la recuerdo con unas camisitas transparentes, que eran el escándalo de las señoras de la época...

—¿Ya se publicaba "La Epoca"?

—Digo la época temporal, la de Goya y María Luisa... Pues a poco se dió a correr mundo, llevando gloriosamente el nombre de nuestra Patria por todo el mundo. En Cuba, siendo allí la cuna de las rumbas, hizo furor, y fué reconocida maestra en el género y en algunas otras cosas... Más tarde se trasladó a Madrid, donde montó un teatrillo con el nombre de "Chanteclair", y se enriqueció un poco más. Ese teatrillo se convirtió después en "El Dorado", y ahora en "Muñoz Seca". Pero lo importante para nosotros es su fama mundial. Ha sido la musa de los poetas del siglo pasado, y la que más influyó en el arte novecentista. Dicen que inspiró la juventud de Rusiñol; pero Rusiñol ha muerto, de viejo, sin dejar en sus Memorias un recuerdo para los buenos ratitos que le hizo pasar. La gente suele ser olvidadiza. Por eso yo, que no olvido nada, me propongo reparar la injusticia y conmemorar debidamente la fecha gloriosa de su centenario. A principios de este año 33 se cumplen los cien de su histórica vida. Barcelona lo conmemorará con fiestas populares; concursos de rumbas, que han sido la especialidad de Chelito; colocación de una estatua en el Parque; sesión solemne, en que Gassol leerá unos versos alusivos y Royo Vilanova detallará la historia de la homenajeada...

—¿Cómo? ¿Royo Vilanova? ¿A pesar de su odio cómico a Cataluña?

—A pesar de todo. El sentimiento de admiración artística une a los seres más distanciados. Ese es el mayor triunfo de la Chelito. ¡Ya ve usted si tenemos motivos para glo-



—¡Nada, pollo! Por más esfuerzos que hago, no me viene a la memoria.

—Pues a mí me ha venido en cuanto la he visto a usted.

rificarla! Y para final de fiestas propondré un banquete, en el que, para recordar antiguas costumbres tuyas, se sortee un beso de la festejada. ¿Eh? ¿Qué le parece?

—¡Don Francisco!... ¡Un beso de una centenaria!...

—La Chelito, a pesar de sus cien años, es tan hermosa y apetecible como en plena adolescencia. Su caso sobrepasa al de Ninón de Lenelos y al de Sarah Bernhard. ¿Recuerda usted que cuando Ninón tenía ochenta años, un general se suicidó de amor por ella? Pues a los cien años, Chelito es capaz de conseguir que todo un regimiento doble sus armas ante ella.

Seguimos todavía un buen rato conversando sobre este proyecto que Maciá quiere realizar a toda costa. No es posible olvidar las glorias nacionales. Dentro de poco celebrará su centenario Lerroux, a quien también Cataluña debe un homenaje por la manera como ha contribuido a exaltar el catalanismo al hacer política de españolismo teatral—él, con Primo de Rivera y Royo Vilanova, son los que más han influido en la reacción en contra, en el apasionamiento catalanista como consecuencia de sus fobias contraproducentes—, y no es posible llegar al centenario de Lerroux sin haber conmemorado el de la insigne Chelito. Yo, que con emoción iba tomando nota de las manifestaciones de Maciá, al terminar nuestra plática y abandonar juntos el Edén-Concert, corrí a telegrafiar a la Chelito para advertirla de que la histórica fecha de su nacimiento será celebrada en Barcelona como merece su fama y su hermosura imperecederas.

Pero, con asombro indecible, leí la respuesta de Chelito que, en otro telegrama, decía así:

“Hay error de fechas. Acepto homenaje, que merezco por mis triunfos todo mundo, y concursos rumbas que nadie ganará si me presento yo; pero no centenario nacimiento, que no es exacta fecha.”

Con el telegrama en la mano hemos pensado ir a despertar a Maciá, para evitar el conflicto de la equivocación cuando ya se hubiera hecho pública la idea de celebrar el centenario. Afortunadamente hemos tropezado en el camino con Gassol en persona, al que hemos confiado el proyecto de Maciá y la respuesta de la Chelito. Y Gassol, con su amable sonrisa de hombre de bien—pero hombre de cuidado; ya saben ustedes que responde a tiros a los bromistas—, nos ha aclarado la situación:

—Puede usted asegurar que las fiestas se celebrarán, y el centenario quedará glorificado como merece la Chelito. Lo que ocurre es que Maciá tiene la coquetería de creerse más joven de lo que es, y se empeñaba en sostener que la fecha del centenario es la del nacimiento de la Che-

lito. Tiene razón ella en decir que no es exacta. El centenario que celebraremos es el de la primera rumba que bailó en público, cosa que acaeció cuando ya la artista había cumplido los diecinueve años de su vida inmortal.

Y con esta aclaración queda completada la noticia. Tú, amigo lector, prepárate para alborozarte con el acontecimiento, y acudir a festejar a la gloriosa artista que tan alto ha puesto el nombre de nuestro país bailando aquello de “los coquitos que yo tengo, son más dulces que la miel”.

Realmente hubiera sido imperdonable injusticia que se olvidase tan importante fecha. Gracias a Maciá, cuya memoria no descuida nada, Chelito tendrá su merecido monumento, y Royo Vilanova vendrá a fraternizar con los catalanes, ensayando a pronunciar lo de “setze jutges menjen metje...”, al pie de la estatua de la genial rumbista internacional y adorada por tres generaciones.

Creo que el notición valía la pena de darse.

J. DE V.

## Epigramas

—¿Por qué, si es de talla escasa,  
Tanto quieres a Ventura?—  
Preguntó a su amiga Pura  
La coquetuela Tomasa.

Y Pura le contestó  
Con sin igual desparpajo:  
—Aunque parece tan bajo,  
Tiene un dedo más que yo.

—¡Adiós, Julia!—¡Adiós, Fer-  
[nando!

¿Qué tal va?—Vamos viviendo.  
¿Y tú, chica?—Voy tirando.  
De día, por aquí me ando,  
Y por la noche, me tiendo.



—Eso qué me cuentas, chico, es muy gordo.

—No, hija, no. Ya te convencerás de que no es tan gordo como parece.



DESDE BARCELONA

INFORMACIONES MORROCOTUDAS

# UNA ESPIA INSOSPECHADA



Ni siquiera el amigo que nos sirve de sugeridor de nuestras informaciones hubiera podido imaginar aventura tan extraordinaria y descubrimiento tan sensacional. Nadie, absolutamente nadie, sospechaba los planes ni los propósitos de la espía. Las autoridades andaban perplejas; el Ministerio de Estado había dado la voz de alarma; la Policía iba de un lado a otro sin saber adónde dirigirse. El mismo Lerroux, entre nosotros desde la preparación de la campaña electoral, había hecho un gesto ambiguo.

Nosotros no hicimos el menor caso del gesto ambiguo de Lerroux. Ya estamos acostumbrados, desde mucho antes de venir al mundo, a las vaguedades del ex emperador del Paralelo. Recordamos que hace poco tratamos de entrevistarle para una de nuestras informaciones que soñábamos más interesantes, y nos dejó alelados. "¿Es usted católico?" —le preguntamos—. "Sí, señor"—nos respondió—. "Pero usted hablaba antes de las monjas en un sentido...". —"Como hablo ahora. Yo siempre he sido muy claro y muy sincero". —"Pero las derechas esperan de usted..." —"Sí, señor—nos replicó—. Esperan que sea yo su salvaguarda, su protector, su guía". —"Pero usted ha pertenecido siempre a las izquierdas". —"Sí, señor". —"¿Es que hoy se ha corrido a las derechas?" —"Yo no me corro a mis años". —"Entonces, querido don Ale..." —"Entonces, como ahora y como siempre, digo la verdad. Soy españolista, catalanista, izquierdista, derechista, centrista, periodista, barrista, modista..." —"¿También modista?" —"Quiero decir, hombre a la moda".

Nos quedamos en el bolsillo aquella información. No hubo manera de comprenderle. Bien es verdad que nadie en nuestro país le comprende hace treinta años. Por esto, al saber que Lerroux había hecho un gesto ambiguo ante la sospecha de una espía entre nosotros, pensamos que eran en él tan naturales las ambigüedades, que no cabía esperar otra cosa.

Y buscamos la opinión de Cambó. Pero Cambó estaba muy ocu-



—¿Pues tú no decías que entrabas en la casa para todo?  
—Es que lo que usted me pide, señorito, tiene tarifa especial, y, por lo tanto, se ha de hacer en horas extraordinarias.



—Oye, Gaspara: ¿Tú novio qué oficio tiene?  
—Es de esos que revisan los contadores.

pado cuando fuimos a verle, escribiendo el discurso de la Corona para cuando vuelva don Alfonso y abra las primeras Cortes monárquicas. "¿Tan cercana está la cosa?" —preguntamos a su sobrino y secretario—. ¿Acaso esa espía viene de

Fontainebleau?" Y como el sobrino no nos dijo nada del tío, bajamos de su laberíntica casa creyendo hallarnos sobre la pista de la verdadera espía.

Pero, no. La espía se hospeda en una fonda barata, y, para despistar,

sale por las noches a hacer la carrera. Más de doscientos hombres han conocido ya la dureza de sus carnes y el sabor de sus besos. Una espía monárquica no estaría tan hambrienta de una cosa ni de la otra. Además, la mujer sospechosa es ru-

sa. Cuando menos, habla una especie de ensalada moscovita. Y de aquí que la Policía, con su fino olfato característico, la ha señalado como enviada de los soviets para espionar la política de los comunistas españoles y hacer un informe secreto, que tal

vez termine con la supresión de ciertas subvenciones misteriosas.

Pues, bien; nosotros podemos asegurar que no hay tal ensalada rusa. El descubrimiento es un nuevo triunfo personal, que demuestra el talento que tuvo el Director de BESAME al nombrarnos corresponsal suyo. Apenas señalada la pista de la espía nos hemos lanzado en su seguimiento. Sabíamos que por las noches salía a las enrejadas obscuritas a llamar a los hombres con una voccecita melosa: "¡Oye, moreno!..." Pero no hemos querido seguirla en tales ocasiones, pues sobradamente comprendíamos que no era entonces cuando desplegaba sus actividades de espía. Y la hemos seguido una mañana clara, a pleno sol, esperando la ocasión de abordarla. Y hemos quedado tan sorprendidos como si fuéramos polizontes de veras.

La espía iba de iglesia en iglesia. Permanecía un ratito en cada una; se arrodillaba ante varias capillas; dirigía miradas furtivas a las mujeres que la rodeaban, y salía para encaminarse a otra iglesia y hacer tres cuartos de lo mismo. Estuvo así hasta la una. Entonces marchó a su fonda barata y comió con un apetito que demostraba no ser espía monárquica. Yo, desde una mesita cercana, la observaba con atención. Es una mujer rubia, casi roja, de agradable físico y de unas protuberancias en su elegante cuerpo que marean como un toboggan. Cuando se movía un poco para coger algo que estaba en su mesa pero lejos de su mano, yo veía que su cintura se arqueaba y que se remarcaba una cadera capaz de abrir el apetito a un cavernícola. Cuando se le cayó al suelo la servilleta y se agachó a recogerla, vi que dos estupefactos meloncitos nacarados asomaban por el escote de su blusa, y me producían escalofríos. Digámoslo de una vez sin rodeos: la espía moscovita es una mujer hermosa, sugestiva, provocativa y apetecible. Creo que con decirlo no ofendo a nadie.

Terminada la comida tomó café y bebió anís del dulce. Luego salió a la calle; sin darse cuenta de mi disimulada persecución, y púsose a





dar vueltas ante cierta casa del Paseo de Gracia. A cosa de media hora salió de un lujoso zaguán una encopetada dama, y la espía se dirigió tras ella. Yo, naturalmente, detrás de las dos. La que iba delante subió a pie hasta la Diagonal. Allí detuvo a un taxi y subió. La moscovita detuvo otro taxi. Yo, que me había gastado todo el dinero en la comida, tuve un rasgo de atrevida elegancia, y, antes de que ella cerrara la portezuela, me colé en el coche y me senté a su lado. Ella, asombrada, lanzó varias exclamaciones en idioma desconocido, pero que comprendí iban contra mi familia. Yo, estoico, le advertí:

—Ya nos explicaremos después. Ahora dé orden al chofer de que siga a la señora que ha tomado aquel auto. ¿No quería usted seguirla?

La espía, dándose cuenta de que tenía a su lado a un hombre de excepcional penetración, me respondió dando al chofer la orden supuesta, y se volvió a preguntarme, en correcto francés, qué deseaba de ella y cómo sabía que iba en seguimiento de una dama.

—Soy corresponsal de BESAME, y a nuestro periódico no escapa nada. Es usted espía, pero yo no pienso delatarla. Necesito una información morrocotuda, y es preciso que usted me la proporcione con sus declaraciones. Vamos a ver. ¿Por qué ha ido usted esta mañana a tantas iglesias? ¿Por qué seguimos ahora a esa dama del taxi, que por cierto vive en el Paseo de Gracia, número...?

—¡Oh! ¡Usted lo sabe todo! ¿Es usted de la Revista "Pathé"?

—BESAME, ya se lo he dicho antes.

Ella, complaciente en lo que creía una petición, se inclinó a mí y me depositó un beso en los labios. Aquello empezaba bien. Yo, como no comprendí su equivocación, al sentir su prueba de compañerismo pasé un brazo por su cintura y le susurré al oído:

—Es un encanto encontrar espías como tú. Los moscovitas debían enviarnos una así cada semana.

—¿Qué moscovitas?

—¿No te envía la República soviética?

—¡Calla!—exclamó mirando por la ventanilla—. Sí, ya me lo esperaba. El taxi se detiene. Un hombre sube junto a la dama. El taxi sigue su marcha... ¡Ah, la mala pécora, la infiel! ¿Como todas, como todas!

—Deja la dama y háblame de ti. Tú vales más que ella.

—Ya lo sé—dijo modestamente dándome un pellizco tan estratégico, que el sistema nervioso se me puso de punta—. Yo valgo por las catorce. Por eso los catorce padres serán para mí, y yo seré para los catorce.

—¡Ufa!—exclamé, mareado por el lío de catorces.

—¿En qué quedamos? ¿Eres de la

Ufa o de Pathé?—me preguntó, creyendo que aludía a otra casa cinematográfica.

—Soy... pa ti.

—Gracias—dijo, dándome otro apretoncito en aquella cosa.

—Toma lo que quieras—respondí con galantería. Y ella, ni corta ni perezosa, desenfundó la cosa que me pellizcaba. ¿Ven ustedes qué explícitas son las espías? Es una delicia tratarlas.

—¡Todas igual, todas igual!—de-



—El marqués es un sinvergüenza. Como me ha visto bailar la rumba, dice que le haga a él una exhibición particular...

ecía ella, mientras agitaba mi cosa en su manecita fina.

—¡No!—exclamé con altivez—. ¡Todas igual, no! ¡Aun hay clases! Esta es de lo mejoreito que circula.

Pero se refería a la dama del taxi, pues en aquel momento habían llegado nuestros "antecesores" a un chalet muy afamado, donde se alquilan, por horas, habitaciones elegantes, y el taxi penetraba en el chalet.

—¡Todas igual!—repitió la espía—. Unas, a chalets de postín; otras, a meublés mediocres; otras, a fondas económicas; otras, por los rincones de las sacristías... ¡Todas igual! ¡Todas igual!

Y seguía agitando la cosa que

empuñaba, hasta hacerme exhalar un gemido sofocado. Yo me iba haciendo un lío con sus frases confusas, pero lo cierto es que me encontraba muy a gusto dentro de aquel taxi, pellizcando las protuberantes caderas de la espía y sintiendo que la vida se me escapaba entre sus dedos.

—Ya no es necesario continuar—dijo ella.

—No—asentí, lanzando un largo suspiro—. Ya no es necesario. Ya está.

—Me refiero a las mujeres. ¡Todas son iguales! Unas, en los chalets de postín; otras...

—Ya lo he oído antes. Dejémoslas. Espera que pida al chofer que nos lleve a dar un paseo por Pedralbes, y mientras me contarás la relación que tengan esas damas con los soviets.

—Estoy muy nerviosa. Necesito hacer movimiento. No podré hablar si no hago algún movimiento... ¡Traiga usted!—dijo. Y sin esperar mi permiso volvió a empuñar lo que agitó antes, y volvió a mover la mano con frenesí—. No me marees con los soviets. ¿Acaso no lo sabes todo? Yo vengo enviada por los jesuitas emigrados... Por unos cuantos de ellos. Justamente, catorce. Están rabiosos pensando lo que harán sus feligras y confesadas durante su ausencia. Se imaginaban que iban a morir de pena. ¡Y de lo que van a morir es de...!

—¡Ah! ¿Pero es que creían enamoradas a las enfermas que iban en busca de consuelo?

—Lo creían. Y ellas... Todas iguales. Unas, en chalets de postín; otras, en...

—Cambia el disco. Eso ya lo sabemos.

—Ahora, mejor para mí. Las he seguido a todas. Tengo apuntados los días en que han ido a ciertos sitios y con qué hombres. Son pruebas aplastantes. ¡Ahora soy feliz!

—Y yo... yo... también—balbuceé en una nueva crispación de nervios.

—Volveré a Roma; diré lo que he visto, y los catorce serán para mí y yo para los catorce.

—Buen provecho.

—Lo mismo digo—repitió, sacudiendo su mano por fuera de la ventanilla.

Ahora ya lo sabe el Ministerio de Estado, y el gobernador, y la Policía, y Lerroux. No hay tal espía rusa. De haberlo sido no hubiéramos publicado estas cuartillas, a fuer de caballeros. Pero, dada quien es, prestamos un buen servicio relatando esta información más morrocotuda de lo que creímos.

J. DE V.



# NOCHE BUENA

POR  
FERSAL



GALLINA



CAPÓN



CORDERO LECHAL



PAYO



TURRON DE  
YEMA



TURRON  
DE CADIZ



TURRON  
DE COCO



GUIRLACHE



MAZAPAN



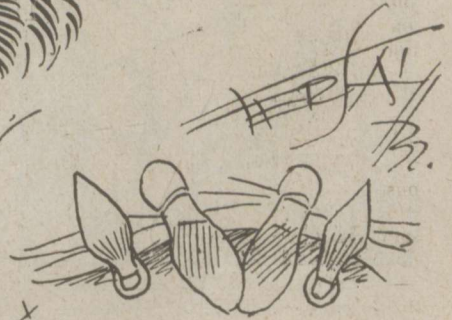
BESUGO



CABRITO  
ASADO...



CHAM... PAM...!



X... MERMELADAS...

# La mala suerte de Juanita

(El lector puede suponer que ello ocurre en Madrid, y para mejor hacerse cargo de la situación de los personajes, añadiremos que la escena se desarrolla en el dormitorio modesto de una triste "mujer alegre", a las cinco de la tarde, entre la inquilina del pisito, Juanita, y un grueso cincuentón pueblerino, que puede llamarse Pérez. En el momento de levantarse el telón, o sea de comenzar nuestra historia, Juanita penetra en el dormitorio, seguida de Pérez, que suspira con satisfacción, y exclama):

—¡Gracias a Dios! ¡Creí que no llegábamos nunca!

—¿Te han cansado los ciento quince escalones? Ya sé que son muchos; pero no puedo encontrar un pisito barato si no está a la altura de la Giralda.

—Eres sevillana?

—No; pero eso no importa para saber que la Giralda es una casa muy alta. Una tiene buenos amigos, gente de categoría, que viaja, y le cuentan a una lo que ven por ahí...

—¡Qué raro!—exclama el forastero, dirigiendo una curiosa mirada por la modesta habitación—. Este cuarto me recuerda los de los hospitales.

—¿Has estado enfermo?—pregunta ella, con cierto temor, mientras va desnudándose.

—He estado en calidad de interno de farmacia. Cuando era estudiante. —responde él, desnudándose a su vez y plegando con gran cuidado su americana, su chaleco y sus pantalones. Entonces aparece en calzon-

cillos, unos largos calzoncillos de betas que se anudan sobre los calcetines y que dan al forastero un aspecto muy pintoresco.

—Eso quiere decir que eres boticario... Pues me alegro. Seré cliente de tu casa, si tú eres cliente mío. Pero me harás precio de amiga...

—dice ella, mientras se tumba en la cama, ya en camisa, con la naturalidad y la desgana de quien emprende su trabajo cotidiano.

—Te va a ser diffeil sirtirte de mi casa. Vivo en... A veinte kilómetros de aquí.

—Pero vienes con frecuencia?

—¡Ay, no! Mi mujer no me deja. Es terriblemente celosa. Cada viaje a Madrid me cuesta un mes de pre-



—¿Que salga ese ladrón! ¿Dónde lo tienes metido?  
—¡Ahora, en ningún sitio, Cornelio!  
;Te lo juro!



—¿Por qué me comparará el padrino con un vapor?  
—Por la proa no será, ¿verdad?

paración para redondear la excusa... Oye: ¿va bien tu reloj?—interroga, mirando al despertador que hay sobre la mesita de noche.

—Mejor que yo—responde ella, separando los brazos para acoger en ellos al forastero.

—Hay tiempo, pues. Son las cinco. Hasta las siete que sale mi tren, puedo perder dos horitas. Si no fuese a dormir a mi casa, mañana me recibiría mi mujer hecha una furia.

—Ya sé lo que son esas escenas. Una persona celosa es un martirio para el que ha de sufrirla. Yo tuve un amigo celoso como un moro, y para evitarme escenas desagradables hube de serle fiel durante un año.

—¡Completamente fiel!

—Casi. Creo que en todo ese tiempo apenas me acosté con una doce-

na de amigos. Y aun esto, por puro compromiso. Yo tengo un natural muy fiel. Si por mí fuera, sólo estaría con uno. Pero los hombres no agradecen los sacrificios ni las atenciones de una. Yo, al menos, tengo muy mala suerte... Una vez, fíjate lo que me pasó: Tenía un amigo que venía a verme todos los miércoles. Era abogado, o juez, o alguacil; en fin, algo de la Audiencia. Tenía ya alguna edad, y yo, como le veía toser siempre, le tenía preparada una tisanita... Pues ¿sabes lo que ha hecho para pagarme esos cuidados?

—No ha vuelto más.

—¿Cómo lo sabes?—pregunta Juanita, asombrada.

—Porque lo he adivinado.

—¡Ya! Se ve que conoces a los hombres.

—¡Psche! Hace unos cincuenta años que los trato.

—¿Y sabes adónde va él ahora?

—¿Quién? ¿El de la Audiencia? No.

—Pues al 43. A casa de la Blanca. Una mala bestia que le trata a palos. Cada vez que va a verla, los golpes se oyen desde la calle. Resulta que al hombre le gusta que le traten así. Dicen que hay hombres que disfrutan cuando les atizan. estopa. ¡Ya ves, qué mala suerte tengo! De haberlo sabido antes, hubiera conservado al amigo y me hubiera divertido arreando candelá. Pero es que a los hombres no se les conoce nunca. Cuando más segura cree una estar de tratarles a su gusto, es cuando más se equivoca.

—Sí, sí, pero... Te advierto que no me interesan mucho tus reflexiones. Yo no tengo el menor capricho por cautivar a ningún hombre.

—Te lo digo para que te hagas



—¡Qué lengua tiene el padre Pilón! Cuando me descubre el pecado me deja corrida de vergüenza.



—¡Que van a venir los miembros del Comité para hacerme retirar los insultos. ¡Y me los voy a tener que tragar todos para darles gusto!

cargo de mi mala suerte. En una ocasión creía haber tropezado con mi felicidad. Un hombre que conocí en el mismo café donde te he conocido a ti, y que me llevaba en auto a todas horas, siempre de juerga en juerga. No sé los billetes de mil que le vi cambiar. Comíamos en las mejores fondas y me hablaba de hacerme regalos de príncipe... Pues bien; cuando más segura estaba de haber conseguido el ideal y haber asegurado mi porvenir, un día, a los quince de conocer a mi príncipe ruso, lo detiene la Policía y me lleva también a mí a la delega. Resultó que era cajero de no sé qué negocio y había metido mano a la caja. ¡Si supieras los disgustos que pasé! Estuve un día encerrada. Declaré siete u ocho veces... ¿Ves si tengo mala suerte?

—Sí, sí, pero... Lo que no veo es por qué me cuentas todo eso.

—Porque te he tomado simpatía. Siempre tiene una ganas de encontrar un hombre simpático para confiarle sus cosas... Es que nuestra vida es muy difícil. Cuando una mujer se echa a la vida, no sabe las dificultades que le esperan. Estos días, que hay tanto extranjero en Madrid, he hecho una porción de amigos que me pagaban en moneda de su país. ¡Figúrate las dificultades para saber a cómo estaba el cambio de la moneda y comprender si ganaba o perdía!...

—Sí, sí, cosas muy interesantes; pero debes comprender que yo he venido para algo más que escuchar tus agradables confidencias...

—La lástima es que no puedas venir con frecuencia.

—Quizá, sí. Ahora estoy en tratos con un compañero de aquí para ex-

plotar un invento mío... Un invento contra los sabañones...

—¡Ah! Pues me darás de eso. Todos los inviernos me salen sabañones en los dedos, y son muy incómodos... Sigue, sigue.

—Pues con este motivo, tendré excusa para venir con frecuencia sin que mi mujer piense que vengo a echar canitas al aire.

—¡Qué bien! ¿Ves tú? Si yo tuviera dos o tres amigos como tú, sería feliz. No necesitaría hacer esta vida, ni haber de dar gusto a tantos hombres... Mira, ahora te explicaré...

—¡Recristo!—exclama el boticario, dando un salto en la cama—. ¡Tu despertador marca la misma hora que cuando hemos venido!

—Es verdad. Se debe haber parado. Pues, mira, no le pasa nunca.



—No vayamos por los rincones, rolito.

—¿Rincones? ¡Si precisamente voy buscando el centro!

—¡Tendría gracia que perdiera mi tren!—exclama, corriendo a buscar su ropa—. ¡A ver mi reloj!

—Yo no te lo he quitado!

—¡No digo semejante cosa, simpóna! Aquí está... ¡Las seis y media! ¡Me caso en tu mala sombra! Por estar de charla estúpida me expongo a perder el tren y que mi mujer me reciba mañana a escobazos! ¡Apenas tengo tiempo para vestirme y tomar un taxi!

—Yo te ayudaré a ponerte las botas...

—No me importan las botas. Me las pondré en el taxi. El pantalón... El chaleco... La americana...

—¡Te dejas el sombrero!

—El sombrero...—volviendo desde la puerta y haciendo gesto de echar a correr.

—¡Oye, oye! ¡Te olvidas... otra cosa!

—¿Cuál?—mirando a su alrededor.  
—De... mí. De dejarme... un obsequio...

—¿Un obsequio? ¡Y me he de gastar cuatro pesetas en taxi por tu culpa? ¡Y tal vez pierda el tren! ¡Un palo te daría!—saliendo con rapidez.

Juanita corre tras él, hasta la escalera. Cuando se convence de que no vuelve el boticario, regresa a su cuarto y se viste con calma, murmurando resignadamente:

—Otra vez al café, a buscar a cualquiera... ¡A ver si a esto no se llama mala suerte que tiene una!

G. T.

## DE MONOS

A cierta casa, discreto refugio de parejas deseosas de gozar las inefables delicias del amor, concurrían, casi a diario, desde hacia casi un mes, un oven simpático y una joven guapísima, dignos el uno del otro.

Un día de tantos, el joven fué a avisar al dueño de la casa de que aquella tarde iría con su compañera, encargando que le reservase el consabido cuarto.

—Perdone la curiosidad—le dijo el casero—. ¿Es muda su amiga?

—No. ¿Por qué?

—Como en el tiempo que vienen aquí no la he oído pronunciar palabra...

—¡Ah!—dijo el joven sonriente—No haga usted caso. ¡Tonterías de las mujeres! Es que hace casi dos meses que estamos "de monos" y no nos decimos nada!...



—¿No tiene usted miedo a esa boa?

—¡Qué! Otras más gordas me he tirado encima.

## "Aquello" del arca

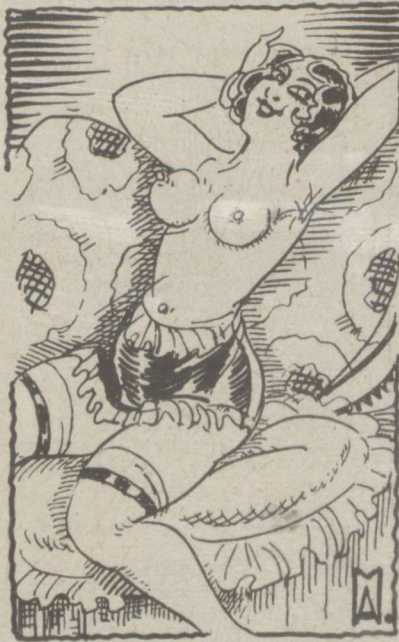
Contra el atrevimiento de los modistos parisinos y la decisión de las damas que se "sacrifican" con las exageraciones de la moda, suele sacarse a relucir un antiguo refrán: "El buen paño, en el arca se vende".

Pero ¿se han fijado ustedes qué tonterías suelen ser los refranes? Como todas las antiguallas—todos los refranes son antiguos, ¿verdad?—están llamados a retirarse. El que hemos citado es tan sofisticado como absurdo es el que dice que "las cosas claras y el chocolate espeso". Pidan ustedes en cualquier café medianamente elegante un chocolate espeso, y verán la risa de los camareros.

El buen paño hay que ponerlo en el escaparate y con mucha luz, bien exhibido, buscando efectos de colores contrastados. Así se vende mejor. Lo del arca... Déjenlo ustedes para Noé y su distinguida familia.

Cierto que el siglo del amor fué el diecisiete, el de las grandes fiestas del Trianon y de los abates poetas. Cierto que las damas iban tapadas hasta los pies; pero... ¿y las pechugas? Si ahora salieran de casa nuestras mujeres con aquellos descotes... Vamos, que yo tengo una estampa de una dama de aquella época, y... mirando mi estampa... ¡Me caso en mi estampa!...

La falda ceñida fué un gran invento, como lo prueba el hecho de que los que se casaron cuando estaba de moda, tienen muchos hijos. Todas las naciones le deben, pues, un gran favor a la falda "travée". Pero aquello sólo fué un paso.—La verdad es que no se podía dar más



—No es muy apetitoso, que digamos, un hombre tan maduro; pero como tiene bastante... ¡Más vale pájaro en mano!...

de un paso con ella—. El triunfo de los modistos y del amor es la época presente: falda amplia, muy corta y muy transparente; brazos desnudos; hombros al natural; espaldas descubiertas; senos sin trampa, acusando su redondez y su piquito... ¡Qué mujercita, vestida así, no se ha encontrado rodeada de adoradores que zumbaban a sus oídos como zánganos alrededor de un panal? ¡Ahora quisiéramos que resucitasen los abates poetas! ¡Qué madrigales cantarían en elogio de la moderna elegancia!

¡Que en el arca se vende!... ¡Y ca! Lo que he dicho antes. Dejen ustedes el arca para el señor Noé.

FULANO DE TAL

## Al nueve

La señora H. padece manía literaria; cree que ha venido al mundo para escribir, y se pasa el día enviando artículos y cuentos a los periódicos, que... nunca los publican.

Pero la señora H. ya no se limita ahora a escribir y enviar las cuartillas a las Redacciones; ahora visita a los directores, hasta conseguir una promesa. Y el director de "X. X."—aquí pueden ustedes imaginarse al director de BESAME o al de "El Debate", es igual—nos ha contado que cuando por primera vez se encontró con ella se quedó extrañado de verla tan joven, tan guapa y tan tonta. La señora H., con insistencia, le suplicaba:

—Me lo publicará usted, ¿verdad?

—Me lo publicará usted?

—Lo he de leer despacio, señora.

Venga a mi casa y le contestaré.

Acudió la señora H. y el director de "X. X." le dijo que le tomaba el artículo. Y después le fué tomando otras cosas, aunque sin decirselo. La señora H., emocionada al sólo pensamiento de ver su nombre en letras de molde al pie de un artículo, no se daba cuenta de que al pie del sofá iban cayendo sus faldas, su corsé, sus enaguas y hasta su camisa...

Cuando el director de "X. X." la estrechaba entre sus brazos, jadeante, ella, la señora H., le murmuró:

—Al nueve, ¿verdad?

El director de "X. X." se sobrecogió un poco. ¿Tendría aquella señora, además del furor literario, otro furor? A la edad del director de "X. X." es mucho pedirle el nueve.

Pero no acertó en su suposición. La señora H. se refería al tipo de imprenta en que esperaba que iría su artículo. Al nueve, ¿verdad? J. B.

## LA INOCENTE

La escena en un templo del amor. El, un príncipe de Ganges, que dice ser viudo porque su pueblo mató a la princesa porque no le daba sucesión.

Ella, una mercenaria del amor, que está que no cabe en sí de hueca, porque le ha cabido en suerte nada menos que un príncipe.

El cual, satisfecho su capricho, satisfecho y pagado, se va. Y todas las "sacerdotisas" del templo se apresuran a preguntar a la elegida del príncipe.

—¡Bah!—responde ésta despectiva—. Habéis oído eso de que la princesa fué muerta porque no le dió sucesión al príncipe? Pues bien; ¡yo os aseguro que la pobre era del todo inocente del crimen que se le imputaba!



—¡Igual que Pilatos!

—Sólo que, al revés; él se lavó las manos antes de clavar a Cristo, y yo después de clavarlo.



—Yo te daré todo lo que quieras...

—¡Bah! ¡Si no tiene usted más que lengua!

# GRACIA DE LOS DEMAS



—¿Está por filmar alguna película el jefe?  
—No, tonto! ¡Está eligiendo una secretaria!...



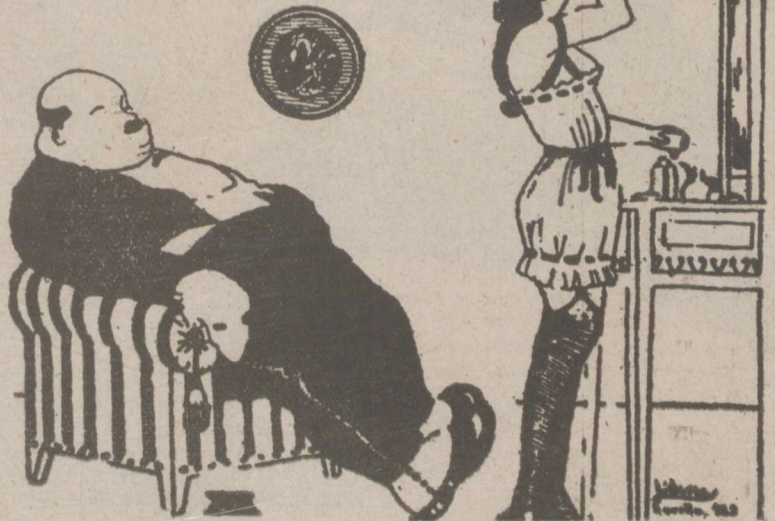
El padre.—¡Canalla!... ¡Y le exijo ahora que haga lo que corresponde!

El novio.—¡Si usted no se retira, señor, nos va a ser imposible.



—¿Y ha sido peligrosa la operación que le han hecho?  
—¡Mujer! ¡Cómo quieres que el médico le hiciese una operación peligrosa por quince duros!

ASI SON ELLAS



Ella.—Ya te he dicho que los productos de tu perfumería no me gustan absolutamente nada. Tu agua me es insoportable y tus polvos no me convencen.



Ella.—¡No me toque!... ¡Usted es un monstruo, y lo detesto!...



—¿Y en la otra casa que estaba tenía mucho trabajo?  
—¡Ya lo creo, señora! ¡Eran ocho los hijos mozos de los patrones y, además, el hermano de la señora!...



**BESAME**

**20** cts.

—Es que tú aún no has penetrado en mis interioridades...  
—¿Cómo que no?

